

Fondos reservados

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

DIEGO, *45 años.*

MARÍA, *30 años.*

FANY, *26 años.*

Descripción de escena

La acción transcurre en el pequeño saloncito de un apartamento de hotel, en época actual.

Hay una puerta practicable esquinada entre el lateral izquierda y el foro, que es la de entrada, y una abertura en el lateral derecha dando paso a un dormitorio.

El mobiliario es de serie y la decoración convencional, cual corresponde a un establecimiento de categoría media. Como piezas imprescindibles, se contará con un sillón tipo orejeras situado en primer término izquierda en oblicuo hacia el público y una lámpara de pie junto a él, un teléfono sobre un centrado ante el sillón. Sobre el foro una silla y un mueble pequeño tipo cómoda, un carrito-bar con algunas copas y una botella de coñac a medio consumir. Otra silla en el lateral derecha.

Escena I

DIEGO y MARÍA, después FANY.

Al levantarse el telón, DIEGO, que viste un pijama con aspecto de recién estrenado, se está sirviendo una pequeña porción de coñac junto al carrito de las bebidas. Una vez servido, paseará por la estancia con la copa en la mano, tomando pequeños sorbos de vez en cuando.

Por el lateral derecha entra MARÍA, llevando entre las manos ropa de cama usada hecha un envoltorio. Viste ropa sencilla de trabajo. Se detiene a dos pasos de la entrada.

MARÍA.- Ya tiene cambiada la ropa de cama y las toallas. **(Tras una pausa breve mirándole divertida.)** ¿Sabe que ese pijama le sienta muy bien?

DIEGO.- ¿Me creerá si le digo que es el primer pijama que he usado en mi vida?

MARÍA.- ¿Por qué no habría de creerle?...

DIEGO.- Porque es notorio que la gente suele dormir con pijama; al menos una mayoría.

MARÍA.- Será según qué gente, y desde luego no es una norma convencional. ¿Cree usted que en los países africanos todos los hombres usarán pijama?... ¿O que los nativos de Laponia cambiarán sus pieles de reno cada noche por un pijama para dormir?

DIEGO.- Pues no... No me imagino ni a massais ni a esquimales con pijama, pero no es necesario ir tan lejos. En la casa donde nací, y viví durante mi niñez, todo el mundo dormía con ropa interior.

MARÍA.- (Burlona.) ¿Y con calcetines?...

DIEGO.- En invierno, por supuesto.

MARÍA.- ¡Qué horror!

DIEGO.- (Tras mirarla un momento en silencio.) Son costumbres que he mantenido desde entonces. **(Termina su coñac y se sienta en el sillón.)** Ya mayor, e independizado de mi familia pensé que debería comprarme alguno y

acostumbrarme a dormir vestido, pero encontré más agradable prescindir hasta de la ropa interior. Y la verdad es, que no le pareció a usted muy mal conocerme de esa guisa...

MARÍA.- No voy a negar que me resultó atractivo...

DIEGO.- (Alargándole la copa vacía.) ¿Me quiere servir un poco más?

(MARÍA deja el envoltorio de ropa sobre alguna silla, y cogiendo la copa llega hasta el carrito, donde escanciará mientras sigue conversando. A continuación se la lleva hasta el sillón.)

MARÍA.- ¿Y a qué se debe que haya cambiado de costumbre?

DIEGO.- Digamos que ha sido... en homenaje a usted.

MARÍA.- (Riéndose.) ¡Vaya!... Eso ha estado bien.

DIEGO.- Sí... Pensé que algún cambio quizá pudiera añadir morbo a nuestros contactos.

MARÍA.- ¿De verdad cree que, «nuestros contactos», van a seguir produciéndose?

DIEGO.- ¿Por qué no? ¿Ve usted algún motivo para interrumpirlos?...

MARÍA.- (Pensativa.) No lo sé... Aunque la verdad es que tampoco sé por qué han llegado a producirse.

DIEGO.- Eso es lo de menos.

MARÍA.- ¿Quiere decir?...

DIEGO.- Que lo importante no es cómo ha ocurrido, sino que los resultados hayan sido satisfactorios. **(Con cierta insinuación.)** ¿No le parece que estamos a tiempo de comprobarlo?

MARÍA.- (Recogiendo el fardo de ropa con naturalidad.) No creo que sea el momento más oportuno.

DIEGO.- (Repantigándose en el sillón, sonriente.) Bien... Si cambia de idea, y a sabe dónde encontrarme.

MARÍA.- (Sonriendo enigmática al tiempo que marca el mutis a la puerta de la esquina.) Me lo pensaré.

(Hace mutis cerrando tras de sí.)

(Una vez solo, DIEGO coge un periódico del centrado y se dispone a hojearlo. Después de pasar un par de páginas, la puerta que se quedó entreabierta, da paso a FANY, la cual observará el interior sin acabar de entrar. Viste ropa cómoda deportiva, aunque elegante, y de su hombro cuelga un bolso de esos enormes, en los que es fácil encontrar cualquier cosa inesperada. Tras unos segundos de silencio se hará notar con dos golpecitos sobre la hoja de la puerta.)

DIEGO.- (Sin volverse ni desviar su atención del periódico.) Cierre la puerta. Pase al dormitorio y desvístase, que voy enseguida para allá.

FANY.- (Con algo de sorpresa.) ¿Cómo dice?...

(Al oír la voz de FANY, DIEGO reacciona levantándose, al tiempo que pliega el diario con evidente intranquilidad.)

DIEGO.- (Encarándose a FANY.) ¿Qué hace usted?... ¿Cómo ha entrado aquí?

FANY.- (Con aplomo.) La puerta está abierta...

DIEGO.- ¿Abierta?... (Algo confuso.) Ya, pero... no era a usted a quien esperaba.

FANY.- (Sonriendo y un tanto irónica.) De eso estoy segura. Yo no suelo entrar en los dormitorios de mis entrevistados.

DIEGO.- (Como cayendo en la cuenta.) ¡Vaya! No la había reconocido... Pero a usted la tenía citada a las seis. (Mirando el reloj.) ¿Por qué ha venido tan pronto si falta casi una hora?...

(Al tiempo que se acerca a la puerta de entrada cerrándola.)

Pase. Pase y siéntese.

FANY.- Gracias.

(Llegará hasta el primer término derecha dejando el bolso sobre una silla.)

Acostumbro a llegar pronto a todas mis citas. Es un sistema que suele darme buenos resultados en mi trabajo.

DIEGO.- Y más de un plantón, supongo...

FANY.- Sí, también; pero compensa.

DIEGO.- Bien... Discúlpeme un momento que pase al dormitorio (**señalando la derecha.**), a ponerme algo encima.

FANY.- (Asintiendo.) No faltaba más.

DIEGO.- (Marcando el mutis a la derecha.) No la haré esperar demasiado.

(Hace mutis.)

(Al quedar a solas, FANY saca del bolso una cámara fotográfica pequeña, de las de flash incorporado, y sin precipitación recorre la estancia tomando varias fotos desde distintos ángulos.)

(La vuelta de DIEGO coincidirá con una toma de la puerta del dormitorio, con lo que él recibirá el flash de lleno.)

DIEGO.- (Evidentemente contrariado.) ¡No! ¡Fotos no! ¡En ningún momento hemos hablado de hacer fotos!

FANY.- Bueno; no pasa nada...

DIEGO.- ¡Entrégume esa cámara!

FANY.- (Sin dársela.) ¿Y eso?...

DIEGO.- No voy a permitir que salga de aquí con una foto mía.

FANY.- Puede estar tranquilo porque...

DIEGO.- (Interrumpiéndola.) ¡Démela!

(Acercándose algunos pasos a FANY con la mano extendida.)

FANY.- (Con tono firme.) Ni hablar. ¡De dársela nada!

DIEGO.- ¡Ah!, ¿no?...

FANY.- En todo caso le daré el carrete para que haga con él lo que le parezca.

(Sin esperar a más, abre la cámara y saca el carrete que le entregará a DIEGO.)

Tome. ¿Se queda así tranquilo?

DIEGO.- (Con tono más normal, al tiempo que guarda el carrete en un bolsillo de la bata, que se ha puesto sobre el pijama.) Bien; tendrá que disculparme por mi brusquedad, pero dadas las circunstancias no puedo dejar ningún detalle a la improvisación.

FANY.- Usted sabrá...

DIEGO.- ¿Qué lleva en ese bolso?

FANY.- ¿Aquí?... Pues, cosas...

DIEGO.- Vacíelo todo sobre ese mueble.

FANY.- ¡Hombre! ¿A qué viene tanta prevención?... ¿Qué es lo que teme de mí?

DIEGO.- Por favor, le ruego que no discuta si quiere llevar a buen fin su reportaje.

FANY.- (Resignada.) ¡Qué se le va a hacer!...

(Sin prisa empieza a sacar diversos objetos de su bolso, como un bloc, bolígrafo, tabaco, encendedor, un paquete de klinex, etc., que irá dejando sobre el mueble indicado.)

¿Sabe que está resultando ser usted bastante «rarito»? No pensará que haya venido hasta aquí con el fin de perjudicarlo...

DIEGO.- Tengo mis propias ideas al respecto.

FANY.- Bueno, pues en todo caso, si desconfía de mí con no hacer la entrevista, en paz. **(Sacando una grabadora.)** Alguien debía haberme informado previamente...

DIEGO.- **(Interrumpiendo.)** ¿Qué es eso?

FANY.- ¿Esto?... Mi grabadora portátil.

DIEGO.- No se va a grabar nada. Y eso sí que se lo advertí por teléfono. Sólo notas, nada de grabaciones.

FANY.- Si así lo quiere no grabaremos, pero no tenía por qué dejar de traer los utensilios habituales en mi trabajo.

(Deja la grabadora sobre el mueble y termina de sacar lo que queda en el bolso.)

¡Ya está todo!

(Da la vuelta al bolso sacudiéndolo.)

¿Satisfecho?...

(Sin responder, DIEGO se acerca al mueble y observa todo lo que FANY dejó sobre él.)

DIEGO.- **(Al tiempo que le coge un cigarrillo.)** ¿Le importa que coja uno de sus cigarrillos?

FANY.- Por supuesto que no.

DIEGO.- Gracias. Hace tiempo que no fumo de esta marca.

(Lo enciende con el encendedor de ella.)

(Marcando algunos pasos por escena.)

Mire; mi situación actual es muy delicada. Usted ya sabe que mi integridad física peligra, y que incluso hay quien pagaría por mi cabeza, ¿no es así?

FANY.- Si de verdad quiere conocer mi opinión, creo que usted, muerto, no vale nada.

DIEGO.- Esa observación debería tranquilizarme, pero tengo motivos para pensar lo contrario. Hay demasiada gente que daría cualquier cosa porque desapareciera para siempre.

FANY.- Durante el año que lleva «desaparecido», parece que no ha sido así, porque su partido en bloque no ha hecho otra cosa que clamar porque le encontraran y detuvieran.

DIEGO.- (Consecuente.) Una cosa es lo que se diga a los medios de información, y otra muy distinta lo que de verdad se desea.

FANY.- Resumiendo, que lo que no quiere la gente de su partido es que usted pueda hablar y contar cosas que podrían comprometerles ¿no es eso?

DIEGO.- Digamos que por ahí van los tiros. **(Tras una pausa breve.)** Bien; si está usted dispuesta a trabajar, creo que podríamos comenzar con la entrevista ¿no le parece?

FANY.- ¿De cuánto tiempo disponemos?

DIEGO.- Pues... De una hora aproximadamente.

FANY.- (Sonriendo.) ¿Ve usted? Eso sería lo justo de haber llegado yo a la hora prefijada, pero como he llegado antes...

DIEGO.- Bueno... es igual. De todos modos no creo que sea necesario invertir más tiempo en ello. Siéntese donde quiera y comience a preguntar.

FANY.- Correcto.

(De entre el montón de sus objetos toma un bloc y un bolígrafo, yendo a sentarse en segundo término derecha, próxima a la puerta del dormitorio y encarada al sillón.)

(A lo largo de la escena que sigue, mantendrá el bloc alternativamente sobre las piernas, en la mano, o sobre un centrillo próximo, según convenga a su interpretación.)

¿Quién le consiguió este escondite y cuánto tiempo lleva viviendo en él?...

DIEGO.- (Mientras interpreta va al carrito y se sirve media copa de coñac que irá tomando a pequeños sorbos.) Desde que «desaparecí», va a cumplirse mañana un año, he estado en cuatro lugares distintos, dos de ellos en el extranjero y el otro muy cerca de aquí. En este hotel llevo ya siete días. **(Pausa breve.)** Por supuesto he contado en todo momento con la ayuda de personal contratado, que me ha ayudado a subsistir todo este tiempo.

FANY.- Eso le habrá costado muy caro ¿no?

DIEGO.- Podríamos decir que ha tenido un coste razonable. ¿Le gusta el coñac?...

FANY.- No, gracias. **(Pausa breve.)** Según consta en el sumario de la causa que se le sigue, la cantidad que usted se llevó de los fondos reservados, sobrepasa los ciento veinte millones de euros.

DIEGO.- (Con gesto displicente.) ¡Qué tontería!... Es una exageración puesto que no llega ni a la mitad.

FANY.- Aunque fuera la mitad, sesenta millones de euros dan para mucho ¿no?...

DIEGO.- Sesenta millones es mucho dinero para cualquier mortal, pero los precios no son los mismos para todos.

FANY.- ¿Quiere decir?...

DIEGO.- Que lo que usted pueda comprar hoy con su sueldo, le puede costar cien veces más mañana, si quien se lo vende sabe que lo puede pagar, y que le resulta vital para la supervivencia.

FANY.- ¿Significa eso que alguien le estaría extorsionando? No me lo puedo creer.

DIEGO.- ¿De verdad?

FANY.- Ni usted cogió esos millones de una sola vez ni su huida fue urdida en una noche, por lo tanto, antes de salir del país debería tener muy bien planificados todos los pasos, y todos sus contactos posteriores, ¿me equivoco?

DIEGO.- (Evasivo.) Digamos que mis previsiones de futuro se fueron cumpliendo más o menos.

FANY.- En algunos medios informativos se ha publicado incluso los números de las cuentas que se supone abrió usted en bancos suizos. Supongo que sería ingenuo que le preguntara si esos números son correctos.

DIEGO.- (Sonriendo.) Desde luego.

FANY.- Sin embargo, sí parece haberse demostrado su participación en la creación de tres empresas por lo menos, ubicadas en paraísos fiscales. ¿Qué puede objetar a ello?

DIEGO.- Lo de las cuentas suizas no es exacto, porque no se abrieron para mí, sino para el partido. Y mi participación empresarial en empresas extranjeras no tiene nada que ver con lo de los fondos reservados.

(Se sienta en el sillón.)

FANY.- Me asombra usted y no sé si creerle. **(Incrédula.)** ¿Me va a decir que todo el capital invertido en esas empresas lo «ahorró» de su sueldo?...

DIEGO.- Con mis ahorros, varios créditos bancarios y la hipoteca de todos mis bienes, conseguí formar un capital que inteligentemente invertido, he sabido multiplicar.

FANY.- (Escéptica.) ¡Ya!... ¿A qué político famoso ya juzgado he oído un razonamiento igual? **(Pausa breve.)** Mire. A efectos de credibilidad informativa, me permito sugerirle alguna otra justificación para haber conseguido semejante capital.

DIEGO.- ¿Y eso?

FANY.- Porque ningún lector se lo va a creer. La gente suele hacer cálculos mentales muy deprisa, y se percata enseguida de la imposibilidad de conseguir reunir mucho dinero sin haber algún negocio sucio por medio.

DIEGO.- No siento ninguna intranquilidad por lo que pueda pensar de mí la gente.

FANY.- (Mirándole pensativa.) Como usted quiera. ¿Le importaría que desviásemos nuestra charla por el momento, a un tiempo retrospectivo? Estoy muy interesada por conocer detalles de su vida privada desde antes de entrar en la política.

DIEGO.- No hay inconveniente. Porque imagino que el formato de esta entrevista lo decidirá usted en su momento.

FANY.- Así es. Esta es la ventaja que no tienen los reportajes en directo ante las cámaras, por lo que podemos eliminar la rigidez de atenernos a un cuestionario.

DIEGO.- Adelante, pues.

Escena II

Los mismos y MARÍA.

Se entreabre la puerta de la esquina y aparece MARÍA, haciendo su entrada de un modo especial.

Dado que la puerta se abre desde el exterior, hacia dentro y a la izquierda, la hoja le tapaná la visión de la zona donde se encuentra FANY sentada. MARÍA, tras cerrar la puerta, avanza un paso encarándose al sillón, y a ritmo de espectáculo barato se desabotona la blusa abriéndola de golpe, mostrando un sujetador atractivo sobre la piel, o la ausencia total de ropa en el busto según preferencia de la actriz.

MARÍA.- (Entona acompañando la acción.) ¡Ta-ra-ra, ta-ra-ra!...

DIEGO.- (Divertido.) ¡Muy bien, María, muy bien!... Pero algo retrasada.

FANY.- (Lanzando una carcajada.) ¡Ahora entiendo el recibimiento que hizo a mi llegada!...

(MARÍA, se vuelve rápida, abotonándose la blusa algo aturdida.)

MARÍA.- Bueno... No sabía que tuviera una visita...

DIEGO.- No se preocupe, María. Digamos, que a ambos nos ha entusiasmado su presencia...

FANY.- **(Irónica.)** Sobre todo su artística representación.

MARÍA.- **(A DIEGO.)** Podría haberme llamado diciéndome que me abstuviera de venir...

DIEGO.- Se me fue el santo al cielo. Lo siento.

MARÍA.- **(Reponiéndose rápida.)** Bien. Creo que será mejor que desaparezca ¿no creen?

DIEGO.- Por el momento. Aunque... **(A FANY.)** ¿Le apetece tomar alguna cosa?

FANY.- Ya que es tan amable... Un güisqui; y a poder ser con bastante hielo.

MARÍA.- ¿Tiene usted preferencia por alguna marca en concreto?

FANY.- No, me es indiferente. La verdad es que todos los güisquis me saben igual...

MARÍA.- **(Con sorna.)** Como a todo el mundo... Lo que pasa es que la mayoría se lo calla presumiendo así de entendidos. **(A DIEGO.)** ¿A usted le traigo alguna cosa?

DIEGO.- No, por ahora no, gracias.

MARÍA.- Pues no tardaré en traer su güisqui.

(Hace mutis con cierta dignidad profesional.)

FANY.- **(Tras desaparecer MARÍA.)** ¿No le habrá creado un trauma mi presencia aquí?

DIEGO.- No creo... En todo caso esto no deja de ser una anécdota ¿no le parece?

FANY.- Habría que preguntar a María lo que le parece a ella... **(Tras una breve pausa.)** Después de este inesperado relax podríamos volver a nuestra charla.

DIEGO.- Sí. ¿Dónde estábamos?...

FANY.- Iba a hablarme de su pasado antes de entrar en la política.

DIEGO.- ¡Ah!, sí.

FANY.- ¿Cómo discurrió la vida en sus primeros años?

DIEGO.- **(Se levanta y pasea por escena.)** Hay muy poco que contar... Tuve una niñez vulgar, en una familia vulgar, en un pueblo vulgar. ¿Cree que eso puede ser noticia para su reportaje?

FANY.- ¡Por qué no! El lector no sólo goza construyendo personajes míticos con gente insignificante, sino destruyendo a los famosos. Todo consiste en cómo se les presente al protagonista.

DIEGO.- Eso es cierto. Y que ustedes se encumbran según la suciedad que son capaces de amontonar en un caso, también. **(Pausa breve.)** Su popularidad como profesional de la prensa amarilla es notable por asuntos así ¿no?

FANY.- No me voy a molestar porque se permita ese tipo de ironías... pero le puedo asegurar que lo mío es un trabajo legal, y yo me esfuerzo por hacerlo bien. ¿Le parece que sigamos?...

DIEGO.- Sigamos. **(Pausa.)** Seguramente usted querría oírme decir que mi padre apaleaba a mi madre, que volvía siempre borracho a casa, que nos castigaba sin cenar frecuentemente y cosas por el estilo ¿verdad?

FANY.- Aunque le parezca extraño; no.

DIEGO.- ¿De verdad?

FANY.- De todas esas descripciones se ha abusado en exceso en los últimos tiempos, y nada así conmueve ya a los lectores. Aunque por otra parte, si fuera verdad, no tendría inconveniente en publicarlo.

DIEGO.- Pues nada de eso hubo en mi niñez. Si bien es cierto que por parte de mi padre jamás hubo violencia, tampoco puede decirse que hubiera cariño. Tal vez porque siendo nosotros cinco hermanos saliéramos a poco en el reparto.

FANY.- ¿Ninguno de sus hermanos resultó favorito de su padre?

DIEGO.- No. Mi padre fue un obrero siempre escaso de recursos, que no encontraba bastantes horas en el día para trabajar procurándose algún extra con que mantenernos.

FANY.- ¿Y su madre?...

DIEGO.- (Una pausa larga como recreándose en el recuerdo.) Asumió el único tipo de vida que pudo conseguir. Mi madre fue una mujer extraordinaria que no encontró oportunidades para poder demostrar su valía.

FANY.- Ella sí que le querría...

DIEGO.- Y yo a ella. Aunque a lo largo de mi vida tuve muy pocas ocasiones de decírselo...

FANY.- (Tras una breve pausa.) ¿Podría decirse que su deseo afectivo no fue nunca saciado?

DIEGO.- De eso estoy seguro.

FANY.- Una circunstancia tan, digamos dolorosa en los primeros años de la vida de un hombre, han de marcarle condicionando su futuro... ¿Se ha hecho psicoanalizar alguna vez?

DIEGO.- (Tras apurar el contenido de su copa, la deja en el carrito y vuelve ante el sillón.) ¿Su nombre es Fany, no?

FANY.- Sí. Fany Biosca.

DIEGO.- Pues bien, Fany. Si pretende encontrar paralelismos entre mi comportamiento de adulto, con mis circunstancias infantiles, le diré que nada tienen que ver una cosa con la otra.

FANY.- ¡Hombre!, las teorías freudianas sí tienen en cuenta el entorno familiar, los afectos, los problemas y tantas cosas por las que se pasan de niño.

DIEGO.- ¡Tonterías!

FANY.- ¿De verdad cree que son tonterías?

DIEGO.- Mire; de no haber existido Freud, ¿qué medio o excusa cree que habrían adoptado todos los psicólogos, para responsabilizarle de tanta teoría infame como se han sacado de la manga?... Estoy seguro de que Freud no llegó ni a imaginar la cantidad de pensamientos que se le atribuyen.

FANY.- ¿Ha leído usted a Freud?

DIEGO.- Sí. Su libro *La interpretación de los sueños*; y creo que en él contó cuanto sabía. A partir de ese libro, todo lo que elucubraron sus seguidores no le puede ser atribuido.

FANY.- Al menos el hecho de que usted haya leído su obra, significa que se ha preocupado por conocer, o tal vez comprobar en su propio interior, parte de sus teorías...

DIEGO.- Pues no, porque también he leído, por ejemplo, todas las obras teatrales de Buero, y no me ha dado la locura de probar a subirme a un escenario.

FANY.- (Sincera tras una pausa breve.) No llego a captar la concordancia de ambos temas, pero... volvamos a lo familiar. ¿Cursó estudios superiores?...

DIEGO.- No tuve ocasión. Fui a la escuela como todos los críos en mi época, y salí del colegio para ponerme a trabajar.

FANY.- ¿Cuál fue su primer trabajo?

DIEGO.- Aprendiz de ebanista en una fábrica de muebles.

FANY.- ¿En su mismo pueblo?

DIEGO.- Sí.

FANY.- ¿Tuvo algún otro empleo después?

DIEGO.- Sí. Entré en la construcción porque me pagaban más, y estuve de albañil hasta que ingresé en el partido y me dieron trabajo en la sección de filiaciones.

FANY.- ¿Cómo se produjo su entrada en el partido?

DIEGO.- Los compañeros de la constructora me eligieron como enlace sindical. Aquello me gustó y vi la posibilidad de pasar a ser liberado ingresando en el partido... Y no lo dudé.

FANY.- (Irónica.) ¡A quién le amarga un dulce! ¿No?

DIEGO.- ¿Tiene algo contra los sindicalistas liberados?...

FANY.- No, no. Nada, ¡qué va!, salvo que trabajan bastante poco... Y así entró en el primer escalón de una carrera política ascendente y brillante como pocas.

DIEGO.- En efecto. Y no volví a dedicarme a cosa alguna que no fuera la labor de mi partido.

FANY.- (Puntualizando.) Y a sus propios negocios, «empresariales».

DIEGO.- (Con sorna.) ¡Eso! Y a mis «negocios empresariales».

FANY.- (Tras una pausa.) Me hallo un tanto perpleja...

DIEGO.- ¿Sí?...

FANY.- Habiendo destacado como cargo principal en el partido, y ocupando después varios años una Dirección General de importancia en el gobierno de la nación, ¿cómo es posible que no se haya divulgado públicamente en todo ese tiempo ningún dato de su vida anterior?

DIEGO.- (Peyorativo.) Amiga mía... porque el partido es una máquina perfecta. Filtra lo que haya que filtrar, y dicta lo que sea conveniente divulgar. El partido es guía y soporte de todos sus afiliados.

FANY.- Pues a pesar de ello, usted no parece haberse portado muy bien con el partido...

DIEGO.- ¿De verdad lo cree?

FANY.- No ha dejado de acusarle, cargando sobre él casi todo lo que usted ha removido, y hace un momento me ha dicho que las cuentas en Suiza se abrieron para el partido.

DIEGO.- Y así fue. En ellas se ingresaban regularmente todas las cantidades destinadas a él.

FANY.- ¿De qué dinero?

DIEGO.- Entre otras fuentes, del que yo disponía para distribuir como sobresueldos y gratificaciones, al personal que figuraba en el listado «MSP».

FANY.- Perdón. ¿MSP?...

DIEGO.- «Miembros Seleccionados del Partido». De esos fondos debía separar un treinta por ciento antes de cada reparto, y la cantidad resultante se ingresaba en Suiza. De otros fondos distintos a los reservados, como comisiones por compras y contratos, donaciones, etcétera, se debía ingresar el diez por ciento.

FANY.- ¡Caramba! Esos porcentajes del treinta y el diez por ciento, aplicados a cantidades de muchos millones, suponen un monto muy elevado ¿no?...

DIEGO.- No lo voy a negar, pero así y todo, el partido es deficitario porque gasta más que ingresa.

(Dejando el bloc sobre el centrado, FANY se levanta y del montón de sus pertenencias cogerá un cigarrillo que enciende. Fumando se incorpora a su lugar, y toma de nuevo el bloc.)

FANY.- Supongo que llegado el momento, usted estaría dispuesto a declarar sobre todos esos aspectos...

DIEGO.- Mire. Lo que no estoy dispuesto, es a que el partido intente lavar su cara presentándome ante la sociedad como al único corrupto. Si yo a lo largo de varios años, he manejado y distribuido entre numerosa gente muchos cientos de millones de fondos reservados, nadie, por imbécil que sea, podrá tragarse que he obrado «motu proprio» y sin conocimiento de mis superiores jerárquicos, ¿estamos?

FANY.- ¿Me va a dar nombres?...

DIEGO.- Por el momento no. Digamos que todavía estamos hablando de «generalidades».

(Se oyen dos golpecitos en la puerta de entrada.)

Escena III

Los mismos y MARÍA.

DIEGO llega hasta la puerta y abre, dando paso a MARÍA, que trae una bandeja con la consumición pedida por FANY.

MARÍA.- (Entrando.) Con su permiso.

(DIEGO la deja pasar, cierra y vuelve a su sillón, donde se sentará.)

MARÍA.- (Yendo hasta donde FANY está sentada.) El güisqui que me pidió.

(Levantándose con naturalidad, FANY coge el vaso de la bandeja y permanecerá en pie mientras interpreta.)

FANY.- Gracias, María. ¿Me permite que le haga unas preguntas?

MARÍA.- ¿A mí?...

FANY.- ¿Por qué no?

MARÍA.- Bueno, es que... Antes no la reconocí tal vez por lo violento de la situación; pero en el bar, mientras preparaba la bebida, he recordado su programa de la «tele»... y me he preguntado cómo se me podía haber escapado una cara tan conocida.

FANY.- La popularidad es algo que hemos de padecer los que trabajamos en esta profesión.

MARÍA.- ¿Padecer dice?...

FANY.- ¿Cree que no pasar inadvertida cuando se desea algo de intimidad no es desagradable?

MARÍA.- En ese aspecto puede que tenga razón... Pero a cambio tendrá muchas compensaciones ¿no?

FANY.- No podría negar que algunos privilegios sí se alcanzan con ella, aunque naturalmente, eso nunca lo tengamos en cuenta a la hora de quejarnos. **(Pausa breve.)** ¿Lleva mucho tiempo en este hotel?

MARÍA.- Ahora no. Aunque llevo varios años trabajando aquí, ha sido siempre por espacio de varios meses cada vez. Nunca fija, quiero decir. Mi contrato actual empezó este mismo mes.

FANY.- Y cuando no trabaja en el hotel ¿dónde lo hace?

MARÍA.- En otros establecimientos similares... Siempre en la hostelería.

FANY.- (Tras tomar un sorbo del vaso.) ¿Suele pasar mucha gente conocida por este hotel?

MARÍA.- No, casi nadie.

FANY.- ¿Algún famoso alguna vez, que usted recuerde?...

MARÍA.- No, qué va. Es mas, me atrevería a decir que si hay algún conocido entre los clientes, durante su estancia aquí se enmascara cuanto puede.

FANY.- Es curioso.

DIEGO.- (A MARÍA.) ¿Está pensando en alguien en concreto?

MARÍA.- (Volviéndose.) No, don Diego. Por supuesto que no.

DIEGO.- (A FANY.) Le sugiero que continuemos con lo nuestro. Si cree que le interesa entrevistar a María podrá hacerlo en cualquier otro momento, ¿no le parece?

FANY.- Tal vez lo haga en otra ocasión. (A MARÍA.) Gracias por su amabilidad, María.

MARÍA.- No tiene por qué darlas. Y si no quieren nada...

DIEGO.- Nada gracias.

(MARÍA hace mutis, tras dejar la bandeja sobre el carrito bar.)

FANY.- (A DIEGO.) Sigamos pues con lo nuestro. Me he preguntado, si no estará corriendo un serio peligro al haberse hospedado en este hotel, tan próximo al lugar de donde han partido las ordenes para su busca y captura. ¿Se trata tal vez de un desafío a alguien, por parte suya?

DIEGO.- Estoy seguro de que la gente de mi partido ha sabido en todo momento dónde encontrarme, y si no se han arriesgado a hacerme regresar es porque no les interesaba correr riesgos.

FANY.- ¿Qué clase de riesgos?

DIEGO.- El mayor para ellos. Que yo hiciera declaraciones ante la justicia, puesto que de hacerlas podría no silenciar nombres y responsabilidades, de mucha gente a la que no interesa aparecer en los periódicos... Además estaba por medio la cuestión de un posible conflicto internacional, en caso de haber pretendido secuestrarme para traerme hasta aquí.

FANY.- Ese segundo supuesto ya no está vigente puesto que ahora se encuentra en su país.

DIEGO.- No del todo... Ya entraremos en eso más tarde.

FANY.- ¿Y de verdad estaría usted dispuesto a «tirar de la manta» si se viera en la necesidad de hacerlo?

DIEGO.- Si la gente que me busca es de verdad inteligente no permitirá que eso suceda. Y la forma de conseguirlo es pactar.

FANY.- (**Asombrada.**) ¡Pactar!... ¿Hacer un pacto con usted?... ¿En virtud de qué?

DIEGO.- A un enviado del partido que se entrevistó conmigo en el extranjero; le comenté las condiciones que se habían de dar para mi regreso, y le dejé muy claro, que sólo si ellos cumplían y o asumiría mi responsabilidad.

FANY.- No acabo de entenderle...

DIEGO.- Lo lógico cuando se me detenga será llevarme ante el juez, pero será la petición del fiscal la que puede hacer que se me juzgue por un delito grave o por otro no tanto.

FANY.- Creo que voy comprendiendo.

DIEGO.- En un juicio con cargos importantes en mi contra deberá tomarse declaración a mucha gente, y una vez puesto en marcha el ventilador sobre el estiércol, las salpicaduras alcanzarán inevitablemente a muchos que hasta ahora creerían estar a salvo.

FANY.- (**Aseverando.**) Y si al final fuera condenado a una pena dura, los demás le seguirían en su camino...

DIEGO.- Sería inevitable ¿no?

FANY.- Pero si el fiscal sólo presenta cargos menores, la condena puede ser mínima, en cuyo caso usted silenciaría los nombres de toda esa gente con la que se ha repartido el dinero de los fondos reservados.

DIEGO.- ¿Ve como sí se pueden dar las condiciones para establecer un pacto?

(Fany vuelve al lugar donde estuvo sentada y tras tomar un sorbo del vaso, que mantendrá en la mano, se sienta.)

FANY.- ¿Y si le obligan a devolver el dinero?...

DIEGO.- ¿Qué dinero?

FANY.- (Sorprendida.) ¿Cómo que qué dinero? Los sesenta millones de euros que se llevó.

DIEGO.- No sea ingenua, amiga mía. Ese dinero sólo existe en la imaginación de la gente. **(Cínico.)** Yo no me he llevado nada.

FANY.- ¿Me quiere tomar el pelo?

(DIEGO se levanta y dirigiéndose al carrito-bar se vuelve a servir coñac que tomará mientras interpreta.)

DIEGO.- (Con tono irónico.) Nadie puede esperar que yo reconozca haber cometido semejante delito.

FANY.- Pero habrá cargos contra usted...

DIEGO.- Según sean los cargos, así será el reconocimiento de mi parte en los hechos. ¿Lo entiende ahora?

FANY.- (Tras una pausa.) Sí. Ahora lo entiendo.

DIEGO.- ¿Y qué le parece?

FANY.- Repugnante.

DIEGO.- (Mirándola directamente.) ¿Cómo se atreve...?

FANY.- (Señalándole.) Es usted quien ha pedido mi parecer...

DIEGO.- (Tras una pausa breve.) Olvídelo.

(Vuelve a marcar algunos pasos por escena.)

(Suena el timbre del teléfono. Ambos miran el aparato en silencio. Tras sonar varias veces, DIEGO lo atiende.)

DIEGO.- ¿Sí?... **(Pausa breve.)** Ya. ¿Sólo dos?... ¿Ve desde ahí el coche en que han venido? **(Pausa breve.)** Bien. Reténgales diez minutos y yo la llamaré para que los acompañe hasta aquí... Sí, gracias.

(Cuelga el teléfono.)

FANY.- ¿Esperaba una visita?...

DIEGO.- En cierto modo, sí. Han venido dos policías a detenerme.

FANY.- ¿A detenerle?...

DIEGO.- Así es.

FANY.- ¿Quiere decir que han dado con usted y que esto es el final?

DIEGO.- No. Digamos que esto es el principio.

FANY.- No le entiendo.

DIEGO.- Esos agentes me llevarán a alguna dependencia policial donde empezarán a interrogarme. Luego me conducirán ante un juez, y a partir de ahí se iniciará todo el procedimiento.

FANY.- Dispondrá usted de algún abogado, supongo.

DIEGO.- Por supuesto. Él estará esperándome cuando llegue a la comisaría.

FANY.- ¿Quiere decir que él ya sabe que han venido a por usted?

DIEGO.- Naturalmente. Mire, Fany, esto ya estaba pactado. El hecho de que yo me haya decidido a volver no era algo caprichoso, ni un afán de aventuras, ni nada parecido. Todo lo tenía preparado meticulosamente en el tiempo que he estado ausente.

FANY.- (**Seria.**) ¿Poniendo a salvo en el extranjero el botín que se llevó?

DIEGO.- (**Cínico.**) «Si me lo hubiera llevado», sería lógico que lo hiciera ¿no?

FANY.- Entonces, no le ha servido de nada la negociación con la gente de su partido.

DIEGO.- ¿Por qué lo cree así?

FANY.- No irá a decirme ahora que estos policías y sus amigos están de acuerdo...

DIEGO.- Estos señores que vienen a por mí no tienen por qué estar de acuerdo con nadie. Serán funcionarios públicos que habrán recibido una orden, y que la cumplirán llevándome a donde deban hacerlo. Dos simples policías. **(Pausa breve.)** Donde sí existe el acuerdo es en escalones superiores del mando. Y esos son los que verdaderamente deciden.

FANY.- (Tras una pausa, mirándole directamente.) Respóndame a una pregunta.

DIEGO.- (Deteniéndose ante ella.) ¿Sí?

FANY.- ¿Qué pinto yo en todo esto?

DIEGO.- (Con una sonrisa.) Bastante más de lo que supone.

(Llega hasta el sillón y se sienta desenfadadamente.)

Una detención simple, de alguien a quien nadie espera en un momento determinado podría llevarnos a correr algunos riesgos.

FANY.- Como cuáles.

DIEGO.- Sin testigos no hay pruebas. La impunidad de que gozarían mis captores podría permitirles cualquier irregularidad que me perjudicara. Con publicidad es improbable que eso ocurra. Es indudable que muchos medios de comunicación, estarán interesados en escribir y emitir cuanto me suceda, a partir del momento en que se ponga en marcha la máquina judicial. Pero yo necesitaba que algún profesional conocido y con alta popularidad en los medios, tuviera esta historia antes de que se desencadenaran los hechos.

FANY.- ¿Para qué?

DIEGO.- Para que, yendo por delante de los acontecimientos me permita marcar el ritmo de los mismos.

FANY.- Así pues, ¿quiere decir que me ha utilizado?

DIEGO.- Digamos que le he proporcionado un buen reportaje, a cambio de la seguridad que me proporciona que usted sea testigo de mi detención.

FANY.- Y después de todo lo que me ha contado ¿cómo

cree que vaya a prestarme a ayudarle en tan sucio juego?

DIEGO.- (Con aplomo.) Lo hará. Porque una exclusiva como esta no es algo que desprecie ningún profesional. Y usted es una de las mejores y más conocidas en la actualidad.

(FANY contrariada, pero sin precipitación, se levanta dejando el vaso sobre el mueble.)

FANY.- Le voy a decir algo. Lo que me ha contado ya es mío por el simple hecho de haberlo oído. Soy libre de divulgarlo si me apetece, o si considero que la noticia puede ser de interés para el público, pero también puedo romper todas mis notas, y olvidar que esta tarde me he reunido con el delincuente más buscado a lo largo de un año, acusado de robar una cantidad brutal de millones. ¿Lo entiende?

DIEGO.- (Con tono muy tranquilo.) Eso es algo que no hará.

FANY.- ¿Cómo puede estar tan seguro?

DIEGO.- Porque una exclusiva importante no encuentra indiferente jamás a un periodista.

FANY.- (Encarándose con él.) ¿Ni a un periodista honrado?

DIEGO.- ¿Quiere oír la respuesta en cifras?

FANY.- ¿Cómo?... No le entiendo.

DIEGO.- Que todo es cuestión de cifras. Todo tiene un precio. «Todos tenemos un precio para cada uno de nuestro actos». Así ha funcionado el mundo hasta ahora y así va a seguir funcionando.

(Mientras continúa el diálogo, FANY, sin prisa recogerá su bolso e irá guardando en él todos los efectos que en él había.)

FANY.- Insisto en que se ha equivocado conmigo. Es mas, no voy a estar presente cuando vengán a detenerle, porque saldré antes de esta habitación.

DIEGO.- Es igual. Mi abogado sabe que usted ha estado

aquí. María la ha visto y ha hablado con usted... Y lo que es más importante, «usted tiene el reportaje» y lo utilizará difundiendo, antes de que cualquier otro de la competencia publique una sola línea sobre mí. ¿Cómo llaman ustedes a eso? ¿Notoriedad profesional?... ¿Inmediatez en los medios?...

FANY.- Me molesta mucho que meta usted en el mismo saco a todos los profesionales del periodismo, precisamente porque sé que en él como en todas las profesiones, existen desaprensivos que se prestan a cualquier cosa por conseguir una exclusiva. Pero ya le digo que conmigo se ha equivocado. ¡Yo no soy de esas!

DIEGO.- ¡No me diga! ¿Cómo puede hacerse ahora «la digna» después de tantos programas en ese espacio infame, donde explota el dolor de cualquier familiar de una víctima?... ¿Dónde se esfuerza por captar un primer plano de las lágrimas de una madre que ha perdido a su hija después de ser violada?...

FANY.- ¿Cómo se atreve...?

DIEGO.- (Interrumpiéndola.) ¿Dónde está la decencia humana y profesional de una periodista que exige al cámara planos dramáticos y a ser posible sangrientos?... No Fany, todos estamos muy al día de cómo funciona la televisión y cómo emplean ustedes el sistema de; «cuanto peor, mejor».

FANY.- (Irritada.) No espere que responda a su provocación.

DIEGO.- No es necesario que lo haga. Sé que publicará el reportaje porque hay algo que usted valora mucho más que cualquier aspecto moral.

FANY.- ¿Sí?... ¿Qué cree que puede ser ello?

DIEGO.- «La audiencia». Ese índice de oyentes que encumbra o hunde al periodista más pintado. Y usted sabe que este programa tendrá audiencia.

FANY.- (Marcando el mutis hacia la salida.) Sufrirá una decepción cuando vea que eso no habrá funcionado conmigo.

DIEGO.- (Cínico.) Funcionará, Fany, funcionará.

FANY.- (Desde el mutis.) ¿Está convencido de ello?

DIEGO.- Desde luego. Y si fuera necesario agregar al reportaje alguna cantidad en metálico, se le haría llegar en su

momento.

FANY.- (Al tiempo que abre la puerta para salir. Con ira.) ¡Es usted un hijo de perra!

DIEGO.- (Desde su sillón, cínico.) En todo caso, alguien que lucha por la supervivencia.

(FANY hace mutis cerrando tras de sí.)

Escena IV

DIEGO, después MARÍA.

Al quedar solo, DIEGO se levanta pausadamente y llega hasta el teléfono.

DIEGO.- (Al teléfono.) ¿María?... Ya puede acompañar a esos señores... Bien. Hasta ahora.

(Cuelga el teléfono y va hasta el carrito de donde volverá a servirse algo de coñac, que saboreará mientras marca unos pasos por escena, recreándose visualmente en los detalles que contiene la estancia.)

(Al momento se oyen unos golpecitos en la puerta de la entrada.)

DIEGO.- (Sin volverse.) Adelante.

(Entra MARÍA, sola y cierra la puerta.)

MARÍA.- Aquí fuera están estos señores. ¿Les hago pasar?

DIEGO.- Todavía no, María. **(Mirándola abiertamente.)** Antes de que siga esto adelante, ¿le parece bien que continuemos ahí dentro lo que dejamos pendiente hace una hora?

MARÍA.- (Tras una pausa breve.) Todo tiene su momento... y ahora ya no parece oportuno.

DIEGO.- Podría ser como un presente de despedida...

MARÍA.- No. Creo que será mejor dejar las cosas tal como están.

DIEGO.- No voy a obligarla a hacer algo que no quiera, no obstante...

MARÍA.- (Interrumpiéndole, rápida.) Se lo agradezco.

DIEGO.- (Sonriente.) ¿Ni tan siquiera me obsequiará con su «numerito de strip-tees»?

MARÍA.- Le voy a decir algo. La semana que he pasado «sirviéndole», ha representado para mí un verdadero sacrificio. No sabe usted hasta dónde he tenido que llegar para sobreponerme a la náusea que me produce su contacto.

DIEGO.- (Serio.) Me sorprende que diga eso.

MARÍA.- Estoy segura de que va a sorprenderse por más cosas.

DIEGO.- ¿Quiere decir?...

MARÍA.- Que ha llegado el final de todo este montaje. Mi trabajo terminó. Cuando esos hombres entren aquí se cerrará una etapa en mi vida que nunca hubiera deseado que se produjera.

DIEGO.- No la entiendo, María. Su trabajo en este hotel no es nada especial ni es incompatible con mantener un trato, digamos amistoso, con algunos clientes...

MARÍA.- Como en todo, vuelve usted a equivocarse. «Yo no trabajo en este hotel».

DIEGO.- (Algo confuso.) ¿Qué me dice!...

MARÍA.- Cumpliendo ordenes, he aceptado permanecer aquí manteniéndole vigilado todo este tiempo.

DIEGO.- (A la expectativa.) ¿Órdenes de quién?

MARÍA.- ¿No lo adivina?... Usted sabe perfectamente que nada escapa al control del partido. Que el partido es una máquina perfecta que actúa como guía y soporte de «todos» sus afiliados.

DIEGO.- (Preocupado.) Déjese de bromas, María. No

tiene ninguna gracia lo que pretende hacerme creer.

MARÍA.- Ahora ya no me importa que lo sepa... El partido me ordenó deshacerme de usted. Y a pesar de toda la estrategia empleada por usted en su huida y regreso, le aseguro que mi labor habría sido de lo más fácil.

DIEGO.- (**Indeciso.**) ¿Qué pensaba hacer?

MARÍA.- ¿Qué repercusión habría tenido encontrar muerto en una habitación de hotel a un indocumentado a quien nadie esperaba?... Una simple dosis de arsénico en el coñac habría acabado con todos sus planes para inculpar al partido.

(**DIEGO mira involuntariamente la botella del carrito y la copa que mantiene en su mano.**)

MARÍA.- No. No se preocupe. Yo me negué a hacerlo.

DIEGO.- Así, ¿he estado en sus manos todo este tiempo?

MARÍA.- «En manos del partido».

DIEGO.- (**Con más confianza.**) Bien. Agradezco su negativa en cuanto vale, ya que con ella me ha salvado... Como ve, la oportunidad para el partido también «ha tenido su momento». (**Tras una pausa breve.**) Es mejor que acabemos de una vez... Puede hacer pasar a esos policías.

MARÍA.- (**Con una sonrisa.**) ¿Está seguro de que son policías?...

DIEGO.- ¿Cómo dice?...

MARÍA.- (**Al tiempo que entreabre la puerta.**) No quiere usted entenderlo... La máquina sigue funcionando; a la perfección.

(**Hablando hacia fuera.**)

Ya pueden ustedes pasar.

DIEGO.- (**Comprendiendo la verdad.**) ¡¡No!!

(**Con esta acción congelada, decrecen las luces de escena y baja el telón.**)

FIN DE LA INTRIGA